

Una guía de la imaginación sociológica. Reflexiones a partir de *La Distinción*, de Pierre Bourdieu

Khalil Elías Esteban

Doctorando en Ciencias Sociales por la Universidad Nacional General Sarmiento (UNGS) y el Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES). Becario doctoral del Conicet.

Mail: e.qalil@gmail.com

"A los ojos de Bourdieu, el trabajo del sociólogo es desnaturalizar y desfatalizar el mundo social, esto es, destruir los mitos que ocultan el ejercicio del poder y la perpetuación de la dominación"
Loïc Wacquant

Introducción

El legado de Pierre Bourdieu ha dejado para la sociología un denso entramado de conceptos teóricos, estrategias metodológicas y preguntas fundamentales para pensar lo social. Su abordaje teórico supuso el esfuerzo de integrar tradiciones intelectuales hasta entonces percibidas como incompatibles, convencido de la importancia de sus aportes a la hora de comprender y explicar el complejo mundo social. Dicho abordaje ha sido siempre sostenido por una profunda preocupación por los procedimientos metodológicos y, aún más, por la reflexión crítica del propio lugar del investigador en el proceso de investigación, condición fundamental para el enriquecimiento constante de nuestra capacidad de indagación del mundo social y cultural. Es por eso que encontramos en la obra de Bourdieu más una guía de imaginación sociológica en tanto estrategia de conocimiento que una propuesta teórica acabada de la cual extraer conceptos para analizar lo social.

De hecho, la propia obra de Bourdieu presenta una constante revisión y reformulación de conceptos que no quedan

explícitamente definidos desde un punto de vista teórico; por lo tanto, se torna necesario reconstruir su alcance y utilidad a partir de la lectura de su análisis de ciertos problemas sociológicos concretos. En este camino, lejos de darnos respuestas finales a dichos problemas, Bourdieu nos invita a volver sobre ellos siguiendo su propia práctica investigativa, en un ejercicio de reflexión que establece criterios efectivos para plantear, sobre las suyas, nuevas preguntas de investigación.

Tomando como eje esta reflexión sobre la obra de Bourdieu, en el presente trabajo nos proponemos reponer en qué medida ciertos elementos presentes en *La Distinción. Criterios y bases sociales del gusto* abonan la posibilidad de enriquecer nuestra mirada de lo social, más allá del objeto de investigación que el título de esta obra nos sugiere. Con tal objetivo, comenzaremos retomando algunos datos de su vida y de su educación –en sus propios términos, de su origen social y de su trayectoria escolar–, que nos permitirán entender el propio *lugar en el mundo* desde el cual el autor observa los fenómenos sociales y culturales. Luego esbozaremos brevemente algunos elementos de su propuesta teórica, en su herencia de la

sociología clásica y en su novedad conceptual. Finalmente, tras hacer pie en su estudio de los gustos y las preferencias en materia cultural (fundamentalmente a partir de la primera parte de *La distinción*), nos preguntaremos en qué sentido cada una de sus obras es una nueva contribución a la desnaturalización de los procesos y fenómenos sociales, así como una invitación constante a la reflexión crítica y la reflexividad académica.

El *habitus* bourdesiano: origen social y trayectoria escolar

Pierre Bourdieu nació en 1930, en un pequeño pueblo campesino al sudoeste de Francia, en el seno de una familia consciente de la importancia del medio educativo como vía de acceso al mundo urbano, que ofrecía mayores expectativas de prosperidad. Así fue que logró insertarse en el ámbito educativo inicial y secundario en principio en cercanías de su casa natal, para luego acceder a un liceo parisino destinado a las élites sociales. Esta inserción le abrió camino a su ingreso a la ENS (*École Normale Supérieure*), donde estudiaría filosofía hasta egresar en 1954, apadrinado ya por entonces por Gastón Bachelard y Georges Canguilhem.

Poco tiempo después, Bourdieu fue convocado al servicio militar por el Estado francés y enviado a Argelia, en donde se quedaría hasta el año 1960. A pesar de prestar servicios militares, profundizó allí en lecturas sociológicas, históricas y de etnología, incluso llegando a formar parte de proyectos de investigación desde los cuales construyó una cartografía de la realidad social argelina. En Argelia se hizo firme su discusión con el intelectualismo sartreano en particular y con los intelectuales franceses en general, entre otras cosas por las posiciones asumidas respecto a la independencia del país africano. Sin embargo, la principal certeza que encontró Bourdieu y que lo separó del "aislamiento escolástico" que adjudicaba a los intelectuales franceses de su época, fue la necesidad de acercarse al mundo real, de construir conocimiento reconciliando el saber teórico con el saber práctico. Podríamos decir entonces que Argelia fue un punto de inflexión en su trayectoria académica, que lo

llevó desde la filosofía hacia la sociología, desde el teoricismo hacia la realidad empírica, aspectos que pronto vincularía dialécticamente.

Ya en 1964 fue nombrado director de la EHESS (*École des Hautes Études en Sciences Sociales*) y fundó años más tarde el Centro de Sociología Europea, apadrinado por Raymond Aron. Allí se vincularía a numerosos investigadores que lo acompañaron en sus investigaciones empíricas y producciones teóricas, cuyos resultados fueron presentados en gran medida en la prestigiosa revista *Actes de la recherche en sciences sociales*, que comenzó a dirigir en 1975. Su carrera académica alcanzó un nuevo reconocimiento cuando, en 1981, fue designado titular de la cátedra de sociología del *College de France*, posición de gran reconocimiento en el contexto académico francés.

Dentro del sintético repaso por su vida y educación, podríamos afirmar que su propio caso es posible de ser leído como una excepción a las propias leyes que él mismo ha esbozado en su explicación de la relación entre el individuo y la cultura. En efecto, tanto en *Los herederos* como en *La reproducción* y, como veremos, en *La distinción*; Bourdieu destaca la alta correlación que se establece entre un origen social favorable y posteriores posiciones de capital económico y cultural también favorables, relación en la que la experiencia escolar opera como variable de ajuste. Si su propia teoría se aplica sobre su trayectoria, entonces, Bourdieu constituye uno de esos casos de excepción en que el origen social no determinó finalmente su posición en el campo cultural. En él operó la variable de ajuste, un recorrido de acumulación progresiva de titulaciones educacionales que le permitieron acceder a la alta cultura académica. Sin embargo, esa discrepancia estructural entre sus *habitus* primarios de clase y aquellos requeridos para una adaptación apacible al campo académico de su época, es uno de los elementos que –a entender de Wacquant– lo llevaron a preocuparse por la reflexividad en las ciencias sociales en particular y en el campo académico en general (Bourdieu y Wacquant, 2005: 81).

La renovación teórica desde un campo ya existente

Decíamos en un comienzo que el abordaje teórico de Bourdieu supuso el esfuerzo de integrar tradiciones intelectuales hasta entonces percibidas como incompatibles, convencido de la importancia de sus aportes a la hora de comprender y explicar el complejo mundo social. En tanto sociólogo consciente de su pertenencia a una disciplina, a cierto campo intelectual, Bourdieu se propone restituir críticamente el legado de los autores clásicos, construyendo su propia teoría desde el acuerdo básico sobre ciertas convicciones de lo social. Dirá, por acaso, que:

“Marx, Durkheim, Weber, etc. representan puntos de referencia que estructuran nuestro espacio teórico y nuestra percepción de este espacio. La dificultad de la escritura sociológica está en el hecho de que es necesario luchar contra los impedimentos inscritos en el espacio teórico en un momento dado –y especialmente, en mi caso, contra las falsas incompatibilidades que ellos tienden a producir-; esto al mismo tiempo que se sabe bien que el producto de este trabajo de ruptura será percibido a través de las categorías de percepción que, al estar ajustadas al espacio transformado, tenderán a reducir la construcción propuesta a uno u otro de los términos de las oposiciones que ella sobrepasa.” (Bourdieu, 2000: 40)

Vemos entonces que sabiéndose heredero de una determinada manera de mirar lo social, su búsqueda implica la formulación de nuevas preguntas ajustadas a su realidad, que puedan al mismo tiempo retomar y romper la ortodoxia canónica de los autores clásicos (aún frente al costo de que su propuesta continúe siendo reducida a uno de los términos de dicha convergencia, por efectos del propio campo y del *habitus* académico). Sólo a partir de esta lectura crítica, dirá Bourdieu, se puede enriquecer el oficio sociológico.

La originalidad teórica que nuestro autor pone sobre la mesa de la práctica académica es justamente la articulación entre las corrientes objetivistas y subjetivistas (aquellos a lo que más arriba refiere como “uno u otro de los términos de las

oposiciones...”). Sabemos que en los años en que se forma Bourdieu, la hegemonía del estructuralismo en la sociología era casi absoluta. Levi-Strauss, Althusser, Parsons, Merton: he aquí los nombres que marcaban los límites del campo académico en el que Bourdieu pretendía insertarse. Siguiendo el camino de la vinculación con los clásicos de la sociología, podríamos decir que estos autores se ubican en la línea de indagación del propio Émile Durkheim, enfatizando el aspecto objetivo de las relaciones sociales y asumiendo que las realidades están ya estructuradas, por lo que la tarea del cientista social sería develar las leyes de (trans)formación de dichas estructuras. Esta *física social* trata a la sociedad como una estructura objetiva cuyas articulaciones pueden ser materialmente observadas y mensuradas, independientemente de las representaciones que se hagan aquellos que en ella viven.

Ahora bien, Bourdieu había ahondado también en el pensamiento de Max Weber, con su énfasis en los sujetos y en sus acciones sociales provistas de sentido, que moldean la realidad social. Este punto de vista subjetivista o constructivista, bajo la lente de una *fenomenología social*, concibe la sociedad como el producto emergente de las decisiones, acciones y cogniciones de individuos conscientes. Si el principal problema del objetivismo es su tendencia a reificar las estructuras que construye tratándolas como entidades autónomas dotadas de la habilidad de “actuar” a la manera de agentes históricos (Bourdieu y Wacquant, 2005: 33), el problema del subjetivismo es concebir las estructuras sociales como la mera agregación de estrategias y actos de clasificación individuales. Mientras que el primero termina por proyectar en la mente de los agentes una visión de su práctica sin atender la propia experiencia de los agentes, el segundo no puede explicar por qué se produce el trabajo de la producción de la realidad en sí. De esta manera, y para trascender estas dualidades, Bourdieu argumenta crudamente que “una ciencia total de la sociedad debe desembarazarse tanto del estructuralismo mecánico que pone a los agentes ‘de vacaciones’ como del individualismo

teleológico que sólo reconoce a la gente en la forma trunca de un 'adicto cultural' supersocializado" (Bourdieu y Wacquant, 2005: 35-36).

Reintroducir a los agentes en una teoría objetivista que los había convertido en simples epifenómenos de la estructura implica recuperar individuos que interaccionan con y en dichas estructuras, y con capacidad individual y colectiva de delinear la reproducción y el cambio social. Para nuestro autor es necesario entonces realizar un doble movimiento, atendiendo a la *doble existencia de lo social* (lo social objetivados en las cosas y los social en tanto representaciones sociales del mundo de las cosas). El primer movimiento implica dejar de lado las representaciones mundanas para reconstruir las estructuras objetivas, es decir, los espacios de *posiciones*, en tanto distribución de recursos materiales, bienes y valores socialmente escasos (que conforman las diferentes especies de capital: económico, cultural, social y simbólico). Si bien estas estructuras fundamentan las representaciones subjetivas y ejercen condicionamientos sobre las interacciones sociales, el sociólogo no debe reducir su ciencia a esta mera descripción. Es cuando se hace necesario un segundo movimiento, por el cual se reintroduce la experiencia inmediata y vívida de los agentes con el fin de explicar las categorías de percepción y apreciación (las *disposiciones*) que estructuran su acción. Estas son las representaciones sociales de los agentes, los sistemas mentales y corporales que funcionan como una matriz de desciframiento del mundo social y como sistemas de clasificación del mismo.

Dirá Bourdieu, en definitiva, que una ciencia de la sociedad "debe elaborar un conjunto de lentes analíticos de doble enfoque que capitalice las virtudes epistémicas de cada lectura al tiempo que evada los vicios de las dos" (Bourdieu y Wacquant, 2005: 32). En el camino de dicha construcción crítica, nuestro autor elaboró una nueva matriz de conceptos sociológicos para describir estas relaciones: *habitus*, *campo*, *capital*, *estrategia*, *lucha* y *sentido práctico* son algunas de las nociones (que, como veremos, nunca se definen por completo) que le permitirán vincular estas tradiciones en apariencia irreconciliables de

reflexión sobre lo social.

En esta arquitectura de teoría social nos queda incorporar la tercera pata sociológica: la influencia de Marx. Al compartir la idea de que todo orden social está atravesado por cierto esquema de dominación, Bourdieu incorporará el concepto de *lucha*, pero no ya reducido a la lucha de clases en el plano económico. Este concepto será extendido a distintas esferas, entre las que se destaca la lucha simbólica por imponer una visión del mundo, cierta manera de estructurar las visiones y divisiones sociales. En efecto, Bourdieu considera que las clases y otros colectivos sociales antagónicos -como los grupos étnicos, los géneros, etc.- están continuamente comprometidos en una lucha por imponer la definición del mundo que resulta más congruente con sus intereses particulares. Las relaciones económicas entre las clases son fundamentales, pero siempre en relación con las otras formas de poder (simbólico) que contribuyen a la reproducción y la diferenciación social. Bourdieu entiende que la clase dominante puede imponerse en el plano económico, y reproducir esa dominación, si al mismo tiempo logra hegemonizar el campo cultural. De Marx hereda y retoma, entonces, la división de la sociedad en clases. Pero no serán para Bourdieu clases substancializadas, estructuras fijas a las que cada individuo pertenece. Propone, en cambio, una concepción de clases relacional, que no depende solamente de la posición respecto de los medios de producción sino que incorpora esas luchas jugadas en otras esferas, en esos otros campos que conforman el espacio social.

De esta manera vemos cómo Bourdieu hace jugar en la misma partida a Durkheim, Weber y Marx, hecho que puede sintetizarse en su constatación de que "existe una correspondencia entre las estructuras sociales y las estructuras mentales, entre las divisiones objetivas del mundo social - particularmente en [términos de] dominantes y dominados en los diversos campos- y los principios de visión y división que los agentes les aplican" (Bourdieu y Wacquant, 2005: 38). Dirá Bourdieu -junto a Durkheim- que existe una correspondencia entre estructuras cognitivas y estructuras sociales, ya que los puntos de vista de los agentes varían según el punto que ocupan en el espacio social

objetivo¹. Con Marx, distinguirá las luchas por la dominación que oponen a las distintas clases de la sociedad. Sin embargo, retomando el planteo de Weber, esta dominación no sólo será económica, sino también simbólica. Así es que esta correspondencia entre estructuras sociales y mentales cumple funciones políticas cruciales, ya que los sistemas simbólicos nos son sólo instrumentos de conocimiento sino también instrumentos de dominación. En el marco de esta convergencia, veremos que gran parte de la obra de Bourdieu se centra en comprender cómo los dominados aceptan la dominación y cómo los dominantes la aseguran, es decir, cómo se produce ese proceso de legitimación del orden social que garantiza la reproducción de la dominación. Estas preguntas, de hecho, serán articuladoras de su reflexión en *La distinción*. Veremos a continuación por qué y de qué modo.

La distinción como excusa para la reflexión crítica

La Distinción. Criterios y bases sociales del gusto (1979) es una obra densa en teoría sociológica que sintetiza gran parte del entramado conceptual que Bourdieu venía elaborando en su producción académica anterior. La trayectoria biográfica y académica del autor permiten enmarcar esta obra, en la que convergen más de 15 años de análisis sistemático sobre diferentes esferas de la cultura: la institución escolar primaria y secundaria; el museo, los intelectuales y el campo literario; los usos sociales de la fotografía; las altas burocracias del Estado y los intelectuales; etc. Como planteamos anteriormente, si tuviéramos que trazar una preocupación transversal a todos estos objetos de investigación, sobrevuela la

inquietud por el lugar de la cultura en la sociedad, y cómo la oposición entre dominantes y dominados en una sociedad dada no puede reducirse a un análisis económico, ya que sus mecanismos más efectivos se encuentran dispersos –y ocultos– en el plano de la cultura, de lo simbólico, del lenguaje.

Dos antecedentes serán centrales para entender *La distinción*. En *Los herederos* (1964) y *La reproducción* (1970), ambos escritos junto a Jean-Claude Passeron, Bourdieu denuncia el papel reproductor de las desigualdades sociales que llevaba adelante el sistema escolar francés. Con dicha denuncia busca desterrar la convicción presente en el imaginario colectivo de su época, respecto a que la Escuela constituía la institución por excelencia que permitía una movilidad social ascendente y, por lo tanto, resultaba garante de la igualdad cultural y económica. Muy por el contrario, la Escuela se presenta para los autores como una institución de reproducción y legitimación de la dominación cultural y simbólica, a través de la cual se privilegia a los privilegiados y se naturalizan las desigualdades de origen de los individuos. Específicamente, en *Los herederos* Bourdieu analiza la relación entre los estudiantes universitarios, sus estudios y la cultura, revelando que las categorías sociales más representadas en la enseñanza superior son las menos representadas en la población activa, observándose diferencias en el origen social de los estudiantes (Tovillas, 2010: 92). El doble condicionamiento –objetivo y subjetivo– de las clases desfavorecidas anula la posibilidad de que la universidad sea efectivamente una institución generadora de igualdad social y cultural, tal como se pensaba en la Francia de 1960. Así vemos cómo Bourdieu logra indagar la relación entre las clases sociales y la cultura al interior de esta institución escolar, articulando un análisis de tipo estructural –las condiciones objetivas de acceso a la universidad de acuerdo a la acumulación previa de capital cultural y económico– con un análisis de tipo subjetivo, en tanto describe cómo para las clases populares este acceso no es sólo una barrera objetiva sino también simbólica, ya que lo conciben como una posibilidad improbable, anormal y azarosa. En estos

¹ De hecho, si bien hemos descrito los dos movimientos como necesarios, cabe aclarar que para Bourdieu la ruptura objetivista tiene prioridad epistemológica sobre la comprensión subjetivista: el rechazo sistemático de preconceptos debe venir antes del análisis de la prehensión práctica del mundo desde el punto de vista subjetivo.

casos, el mundo familiar de socialización que han heredado no funciona como orientador en las prácticas universitarias. Para las clases altas, la cultura heredada se convierte en un *activo social*, mientras que para las clases desfavorecidas el capital cultural de origen no puede ser puesto en valor en el ámbito escolar universitario. Se observa entonces el énfasis en el análisis de las disposiciones internas de los sujetos, en tanto interiorización de formas y maneras sociales de pensar y actuar, que pronto llevarán el nombre de *habitus*. Por otra parte, en *La reproducción*, Bourdieu sistematiza varias de estas conclusiones, generalizándolas a todo el sistema escolar, y no sólo al ámbito universitario. Dirá entonces que la cultura de la clase dominante logra imponerse como la cultura legítima por un mecanismo de invisibilización del carácter arbitrario que le dio origen. Las relaciones de dominación se vuelven así naturales, y la cultura dominante logra imponer significaciones disimulando las relaciones de fuerza preexistentes, en un verdadero trabajo de violencia simbólica.

En *La distinción* continuará poniendo el acento en señalar relaciones de dominación invisibilizadas y naturalizadas, en este caso, observando la distinción y los estilos de vida asociados a determinadas posiciones de clase. Abordará para eso el estudio del gusto, atributo frecuentemente legitimado en la naturaleza pero que, en realidad, no hace más que establecer ciertos sistemas de categorización y diferenciación social que revelan las relaciones de dominación existentes. Si bien el subtítulo de la obra en español "Criterios y bases sociales del gusto" nos anticipa este enfoque, parece ser más preciso su traducción inglesa: "*A Social Critique of the Judgment of Taste*", es decir, una crítica social del juicio del gusto. En fin, primer paso: allí donde pueden depositarse muchas de las naturalizaciones más frecuentes y menos cuestionadas (en la concepción del gusto como un atributo estrictamente personal), Bourdieu encuentra un problema sociológico a indagar. Segundo paso: en el propio estudio de un fenómeno particular, se esconden profundas reflexiones teóricas acerca de la estructura social, la dominación y el poder, y del lugar de la cultura en la sociedad. Doble desentrañamiento que representa un profundo estímulo a pensar específicos

problemas de investigación en clave sociológica, para poder decir algo nuevo y desnaturalizador del orden social existente.

Esquemáticamente, *La Distinción* está compuesta por tres grandes partes y una conclusión, a las que se añade un postscriptum y diversos anexos metodológicos. Sintéticamente, en la primera parte encontramos las hipótesis centrales del libro, en la segunda una caracterización del espacio social y sus dimensiones, y en la tercera un análisis de los gustos de clase y los estilos de vida. La conclusión dirá que en el espacio social se observan diferencias objetivas de posición que se traducen en diferencias de disposición y éstas, a su vez, se expresan como esfuerzos por hacer valer sistemas de clasificación propios, hecho que da lugar a las clases sociales, identidades colectivas y acciones políticas efectivamente existentes. De hecho, dirá Bourdieu (Bourdieu, 1998: 482) que

"las divisiones sociales se convierten en principios de división que organizan la vida social. Los límites objetivos se convierten en *sentido de los límites*, anticipación práctica de los límites objetivos adquirida mediante la experiencia de los límites objetivos, *sense of one's place*, que lleva a excluirse (bienes, personas, lugares, etcétera) de aquello de que se está excluido."

El postscriptum, por su parte, se ocupa de la crítica a la teoría estética de origen kantiano y de los discursos que oponen el "gusto puro" y el "gusto vulgar". Finalmente, los anexos metodológicos aportan información sobre las fuentes utilizadas y los procedimientos utilizados para procesar la información.

Como observamos recientemente, la primera parte presenta las hipótesis centrales de la obra, que se apoyan fundamentalmente en los dos antecedentes mencionados y se nutren del análisis de información proveniente de grandes encuestas sobre consumo cultural en Francia en los años sesenta y setenta. Así, busca dar cuenta de la relación existente entre el origen social, el capital escolar acumulado y las prácticas culturales. El sentido de esta relación la encontramos aclarada desde un comienzo por el autor:

"... se establecen dos hechos fundamentales: por una parte, la fuerte relación que une las prácticas culturales (o las opiniones aferentes) con el capital escolar (medido por las titulaciones obtenidas) y, secundariamente, con el origen social (estimado por la profesión del padre); y, por otra parte, el hecho de que, a capital escolar equivalente, el peso del origen social en el sistema explicativo de las prácticas de las preferencias se acrecienta a medida que nos alejamos de los campos más legítimos" (Bourdieu, 1998: 11).

Bourdieu observa que, cuando la trayectoria educativa es equivalente, el origen social tiene mayor peso en la explicación de las prácticas culturales a medida que el análisis pasa de los campos "más legítimos" de consumo a los "menos legítimos" (en su propuesta, por ejemplo en el paso del análisis de la pintura y la música – campos más legítimos- al de los muebles o los alimentos -campos menos legítimos-). En ese camino, demuestra que hay tres universos de gusto que se corresponden con diferencias en niveles escolares y pertenencias de clase social. El primero es el gusto legítimo, inclinado hacia las obras de arte elaboradas, pinturas clásicas, cine de culto y música clásica. Aumenta con el nivel escolar, hasta lograr su frecuencia más alta en las fracciones de la clase dominante más ricas en capital escolar. El segundo es el gusto medio, que se concentra en las obras menores de las artes mayores y en las obras mayores de las artes menores. Es más frecuente en las clases medias que en las clases populares o que en las fracciones 'intelectuales' de la clase dominante. El tercero, el gusto popular, se acerca hacia la música más divulgada y hacia las obras de más fácil comprensión. Encuentra su frecuencia máxima en las clases populares y varía en razón inversa al capital escolar.

El sentido de esta relación que encuentra Bourdieu entre origen social, capital escolar acumulado y prácticas culturales se sintetiza en la afirmación de que las titulaciones académicas aparecen como garantía de la aptitud para adoptar una cierta disposición estética, en tanto están ligadas (ya) a un origen burgués, a un modo de

existencia burguesa que, en sí mismo, lleva aparejado un aprendizaje escolar prolongado (véase Bourdieu, 1998: 20-26). De hecho, por medio de las acciones de inculcación e imposición de valores, el sistema escolar contribuye a la constitución de esa disposición general respecto a la cultura legítima, (en parte más o menos importante según la clase de origen). Este es el foco de análisis del autor, que le hará concluir que las diferencias oficiales que producen las clasificaciones escolares tienden a reforzar ciertas diferencias reales, produciendo en los propios individuos clasificados la creencia sostenida en dichas diferencias.

Vemos en estas líneas la aplicación práctica de lo descrito más arriba: producción y reproducción, análisis de las condiciones objetivas y posiciones subjetivas que conjuntamente establecen los límites de la distinción y los refuerzan, naturalizándolos. Límites que en este caso concreto Bourdieu encuentra que pueden visualizarse con mayor nitidez ante la disposición objetivamente exigida por el consumo legítimo de obras legítimas. En este sentido,

"para explicar que al aumentar el capital escolar aumenta asimismo la propensión a apreciar una obra 'con independencia de su contenido' (...) y, de manera más general, la propensión a esas inversiones 'gratuitas' y 'desinteresadas' que reclaman las obras legítimas, no basta con invocar el hecho de que el aprendizaje escolar proporciona los instrumentos lingüísticos y las referencias que permiten expresar la experiencia estética y constituir la al expresarla: lo que en realidad se afirma en esta relación es la dependencia de la disposición estética con respecto a las condiciones materiales de la existencia, pasadas y presentes, que constituyen la condición tanto de su constitución como de su realización, al mismo tiempo que de la acumulación de un capital cultural (académicamente sancionado o no) que sólo puede ser adquirido al precio de una especie de retirada fuera de la necesidad económica" (Bourdieu, 1998: 50-51).

La disposición estética es, entonces, una dimensión de una relación global con el mundo y con los otros, que exterioriza ciertas condiciones particulares de existencia en un

determinado estilo de vida. Y es también una expresión distintiva, en tanto une y separa (como toda especie de gusto): une a todos los que son producto de condiciones semejantes, y los separa de todos los demás, ya que "el gusto es el principio de todo lo que se tiene, personas y cosas, y de todo lo que se es para los otros, de aquello por lo que uno se clasifica y por lo que le clasifican" (Bourdieu, 1998: 53).

La segunda parte de *La distinción* caracteriza el espacio social y simbólico en Francia a comienzos de la segunda mitad del siglo XX. Específicamente, analiza la función de la cultura en la distinción y en la reproducción de dicho espacio social (y simbólico). De algún modo, reinserta su descripción de la primera parte en un esquema más amplio, categorizado científicamente y de gran valor analítico. Su análisis de la "cultura" en el sentido restringido y normativo se reintroduce en su análisis de la "cultura" en su sentido amplio. Reinserta, en definitiva, el análisis de las condiciones sociales de la disposición estética en la unidad del sistema de disposiciones. Para ello se vale de tres dimensiones centrales del espacio social: el volumen de capital, la estructura de capital –entre económico y cultural–, y la trayectoria de volumen y estructura en el tiempo. En esa combinación de dimensiones, Bourdieu hará jugar las posiciones y fracciones de clase (con sus estrategias de reconversión), los estilos de vida y las diferencias de consumos (distinguidos, vulgares, pretenciosos). En definitiva, va a dar el indicio de cómo es posible reintegrar la comprensión de la cultura legítima al sentido etnológico, es decir, al sistema de significaciones del gusto: cómo el arbitrario mundo de la cultura es perceptible en ese clivaje de lo sensible donde lo humano se distancia de lo natural.

En este apartado queda vinculado más directamente su análisis específico del gusto con su sistema de categorías. El campo como conjunto de relaciones objetivas e históricas entre posiciones ancladas en ciertas formas de poder (o capital) y el *habitus* como un conjunto de relaciones históricas "depositadas" dentro de los cuerpos de los individuos bajo la forma de esquemas mentales y corporales de percepción, apreciación y acción. El campo es entonces ese sistema modelizado de fuerzas objetivas

que se impone sobre todos los objetos y agentes que se hallan en él; es un espacio de conflicto y competencia por el monopolio del tipo de capital que sea más eficaz en cada caso. Retomando nuestra descripción inicial de Bourdieu, con sus herencias teóricas, vemos que este componente de lucha en el campo le da un dinamismo histórico que aleja su propuesta del determinismo presente en el estructuralismo clásico, sobre el que se apoya su obra. En este marco, el *habitus* hace posible la realización de tareas diversificadas, de modo inventivo y creativo incluso, pero siempre dentro de los límites de las estructuras de los diferentes campos: es un mecanismo estructurante que opera desde el interior de los agentes, pero que no es estrictamente individual ni enteramente determinante de la conducta y, por eso, se lo entiende como un sistema de disposiciones duraderas y trasladables.

La tercera parte de *La distinción*, como mencionamos, muestra detalladamente la reproducción de estilos de vida en diferentes campos: en la decoración de la vivienda, la comida, las diversiones, el vestido, la música, los códigos de conducta, las actitudes políticas, etc. Bourdieu se esmera por demostrar que, aún con el crecimiento de las capas medias y la generalización de la esfera del consumo, las diferencias de clase no sólo se mantienen y se reproducen sino que, inclusive, se acentúan. Esta idea puede clarificarse a modo de ejemplo-síntesis con el pasaje en el que concibe a la idea del gusto en sí misma como típicamente burguesa, puesto que supone la absoluta libertad de elección por la "distancia de la necesidad". Aplicado a las clases populares, el gusto es entonces "una elección forzada, producida por unas condiciones de existencia que, al excluir como puro sueño cualquier otro posible, no deja otra opción que el gusto de lo necesario" (Bourdieu, 1998: 177).

En fin, la investigación llevada a cabo por Pierre Bourdieu destaca el carácter social del gusto (artístico, culinario, de vestimenta, deportivo, etc.) y rechaza la idea de que éstos derivan de una naturaleza o de una biología. Contra otras corrientes de pensamiento, Bourdieu afirma que las categorías de percepción y apreciación no son ni transhistóricas ni trascendentales, y que los gustos –y, más en general, los sistemas de clasificación– están asociados al lugar

social que ocupan los agentes y los grupos (clases) en el espacio social. El gusto convierte a los bienes y las prácticas culturales en signos diferenciados y distintivos, que clasifican y jerarquizan no sólo a dichos bienes y prácticas, sino a los agentes que los consumen y realizan. Es decir que las prácticas y los consumos culturales clasifican a los individuos al tiempo que nos permite clasificarlos en un lugar dentro de la estructura de la sociedad. De este modo, los gustos se constituyen en una variante más de la lucha de clases, pero no ya en el nivel económico, sino en el cultural y simbólico. Si se adjudica, acepta, reproduce e intensifica el carácter natural del gusto, se instituye una forma de dominación simbólica muy efectiva. Efectiva no sólo por su carácter invisibilizado, sino además porque permite colocar a las clases dominantes como dotadas de una naturaleza, de una capacidad superior de distinción del "gusto puro" a la que no pueden acceder las clases populares. La pregunta inicial que planteamos, articuladora de gran parte de la obra de Bourdieu (es decir, cómo los dominantes aseguran su dominación), encuentra respuesta en el sistema cultural, en tanto sistema de significaciones jerarquizadas que circulan entre las clases sociales a través de mecanismos de dominación que ejercen su violencia simbólica en el espacio social.

Reflexiones finales

Nuestro objetivo ha sido destacar, tal como lo plantea Loïc Wacquant en su prefacio a *Una invitación a la sociología reflexiva*, que el aporte fundamental de Bourdieu no reside tanto en las teorías sustantivas que ofrece, en sus conceptos individuales ni en las prescripciones metodológicas o las observaciones empíricas que aporta, sino más bien en "la manera en que los produce, utiliza y relaciona" (Bourdieu y Wacquant, 2005: 13-14). Sólo comprendiendo esta premisa accederemos a las claves de la lógica interna y la economía general de su obra. De hecho, en este breve recorrido hemos intentado correr de una lectura teoricista de la obra de Bourdieu, alejándonos de su escolarización para nutrirnos del bagaje teórico sólo en

tanto nos permite restituir un particular modelo de reflexión sobre lo social.

En efecto, a lo largo de su vasta obra, Bourdieu procura superar algunas de las antinomias profundamente asentadas en la ciencia social, como el antagonismo entre modos de conocimiento objetivistas y subjetivistas, la separación del análisis de lo material y lo simbólico y el sostenido divorcio entre investigación y teoría. Pero para ello no recurre al desarrollo sistemático de una teoría sino, más bien, al planteo de un método sociológico que pueda en primer lugar superar la "reducción de la sociología ya sea a una física objetivista de las estructuras materiales o a una fenomenología constructivista de las formas cognitivas": a entender, tanto el objetivismo como el subjetivismo brindan herramientas para comprender de una manera más completa los fenómenos de la sociedad.

Bourdieu puede leerse en principio como un heredero de Durkheim, en su intención de erigir a la sociología como ciencia autónoma y con voz propia, alejada del discurso del sentido común que naturaliza los hechos sociales, las prácticas y los discursos de las instituciones más poderosas. En el objetivismo provisorio del que parte Bourdieu puede retomarse la premisa de que el mundo social no es transparente y por lo tanto, la tarea del científico social es atravesar esa oscuridad iluminando una realidad de la que el sujeto no es consciente.

En este sentido, hemos visto cómo a partir del estudio de un objeto que se presenta como natural y como efecto psicológico –el gusto–, es posible señalar los mecanismos de naturalización de las relaciones de dominación, que permiten desentrañar asimismo los modos en que el orden social se reproduce y se inscribe en los cuerpos en la forma de distinciones sociales y estilos de vida. De esta manera, aprendemos con Bourdieu que los esquemas sociales clasificatorios, como el gusto, nos permiten comprender la lucha de clases en su variante cultural y simbólica. Esto hace que la dominación no sea pensada solamente a través de la posesión de los medios de producción económica. No sólo en *La distinción*, sino en toda su obra, se ha preocupado por descubrir y denunciar los

Sección: Autores.

mecanismos sociales a través de los cuales los dominantes aseguran su dominación. Concluye entonces que es en los estilos de vida, en las opciones estéticas y en los consumos culturalmente formados de los bienes culturales en donde se puede visualizar ese clivaje entre dominadores y dominados, expresado en la distinción entre lo "culto" y lo "inculto", lo legítimo y lo ilegítimo. En definitiva, si bien es posible leer *La Distinción* como una serie de proposiciones teóricas, lo que proponemos es recuperar un cierto modo de hacer, un método, un *oficio* que Bourdieu señala a lo largo de su obra. Dice Tovillas (2010: 124):

"Al dedicar una gran parte de sus estudios a hechos sociales de la vida cotidiana, Bourdieu nos vuelve familiar el mundo de la sociología. Desnaturaliza nuestro

entorno transformándolo en objeto de reflexión. Allí donde nuestra creencia parece inmutable, sus conceptos vienen a desencantar, a descentrar el mundo social, tornándolo más arbitrario aún sin dejar de, por la vía de la construcción racional, pensar en la elaboración política de órdenes sociales diferentes".

La obra de Bourdieu es, en efecto, una caja de herramientas para plantear y resolver problemas sociológicos, una *disposición generalizada a la invención sociológica*. Y en tal sentido resulta necesario, así como él mismo lo ha hecho con los autores clásicos, desacralizarlo en tanto autor, descanonizarlo, para poder evitar normalizar el pensamiento sociológico y de este modo poder plantar, sobre las suyas, nuevas preguntas de investigación social.

Bibliografía

- Bourdieu, Pierre (1998), *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*, Taurus, Madrid.
Bourdieu, Pierre (2000), *Cosas dichas*, Gedisa, Barcelona.
Bourdieu, Pierre y Wacquant, Loïc (2005), *Una invitación a la sociología reflexiva*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires.
Tovillas, Pablo (2010), *Bourdieu. Una introducción*, Quadrata, Buenos Aires.